

La verdadera historia del sirenito

El sirenito, Fritz, era el príncipe del océano. Era el menor de sus hermanos y, ya que era el último en la sucesión al trono, se podía permitir perder el tiempo con banalidades, era prácticamente imposible que algún día reinara. Estaba obsesionado con la superficie y visitaba continuamente naufragios humanos recolectando sus tesoros, por mucho que lo tuviera que esconder del resto de su familia. Vivía soñando con lo que vería cuando ascendiera al cumplir 16 y tener la mayoría de edad.

No conocía los detalles, no se hablaba de ello, pero al parecer, hasta poco antes de que él naciera, las sirenas solían subir a la superficie a tomar el sol en las rocas. Un día mientras la familia real pasaba el rato en una cala, un barco pirata apareció y empezó a disparar sus cañones. Escaparon pero, al regresar a la seguridad del fondo del mar, se percataron de que el rey había sido abatido. Días después la reina se enteraría de que estaba embarazada de su último hijo, el que más le recordaría a su amado, al que más consentiría, del que más se preocuparía.

Para no volver a perder a uno de sus súbditos pero tampoco privarles del todo de la luz solar, impuso una ley por la cual solo podrían subir una vez al año desde que cumplieran los 16.

Él era un muchacho musculoso y esbelto, tenía dos turquesas por ojos y sus cabellos eran como las brasas de una cálida hoguera; las escamas de su cola eran del color de su iris y se fundían con su pálida piel. Su inigualable belleza provocaba que todas las sirenas del reino estuvieran prendadas de él, le hacían regalos: le visitaban buscando su compañía, le llevaban obras de arte... Pero nada de esto importaba, él las rechazaba pues era curioso y le atraía el mundo de la superficie hasta tal punto que no pensaba en otra cosa.

En su 16 cumpleaños sus hermanos le acompañaron a la superficie para asegurarse de que no le pasara nada. Cuando por fin alcanzaron su objetivo, lo que vio allí el príncipe, le enamoró. Era de noche, un barco se balanceaba al son de las olas, en el cielo resplandecían fuegos artificiales de todos los colores que se reflejaban en la oscuridad del agua del mar y el viento les traía el eco de los cánticos de los aristócratas que celebraban el decimoquinto cumpleaños de Mettalise. La muchacha, hija única del rey de la costa, era la más hermosa que había visto, tenía los cabellos castaños, con mechones rubios, y sus ojos eran azules como el cielo a mediodía. Fritz se dio cuenta de que no podía vivir sin ella.

Se quedó observándola toda la noche, incluso cuando sus hermanos, tras asegurarse de que no iba a hacer una estupidez, se retiraron de vuelta al fondo del mar.

Poco antes del amanecer se desató una terrible tormenta. El barco naufragó, en un instante el ambiente cambió de alegría a desesperación, todo eran gritos de terror. Fritz vio caer a la princesa inconsciente al mar y nadó todo lo rápido que pudo, intentando no ser visto por los humanos, y la llevó a unas rocas cerca de la orilla que tenían la profundidad necesaria para que él estuviera a su lado y luego poder huir. Cuando ella abrió los ojos, lo

primero que vio fue al sireno que le cantaba una hermosa canción. Como el resto de las sirenas, ella también quedó prendada de su belleza y de su hermosa voz.

Mettalise escuchó atenta la canción y Fritz se fue justo antes de que apareciesen los guardias reales, pero ambos quedaron obsesionados el uno con el otro.

El joven deseaba estar con la princesa y tener un alma humana, pues en el mundo marino se viven 300 años y, si no renunciaba a su alma de sireno, tendría que pasar los 284 que le quedaban en soledad porque ya no tendría ojos para ninguna joven sirena después de haber conocido a Mettalise.

Entonces, la única solución que encontró el príncipe fue ir a visitar a su tío Ulrik, hermano pequeño y enemigo de la reina, pues deseaba el trono y creía tener más derecho a él por ser un hombre. Como había intentado varios regicidios y se creía que era él quien había revelado donde iba a estar la familia real a unos piratas para que pudieran vender sus escamas, y, por su culpa, el rey había muerto, había sido desterrado a un pequeño islote. Pero como Fritz no conocía la historia completa, y solo guardaba esperanzas de que fuera el gran brujo del que se hablaba, fue a pedirle piernas y alma humanas. Su tío accedió pero, a cambio, quería su voz, pues era la más hermosa. Además, le advirtió que, aunque bailarían mejor que cualquier otro humano, cada paso sería como caminar sobre 1000 espadas, que si la princesa se desposaba con otro hombre, él se convertiría en espuma de mar, a menos que tuviera el valor de desangrar a la princesa y se creara nuevas escamas con su sangre.

Unos días después, el príncipe se armó de valor. Se fue a la orilla con uno de sus tesoros, un objeto afilado que había rescatado hacía años de un naufragio. Pasó en la orilla bastantes horas sin atreverse a dar el paso pero, con la fuerza del amor, se decidió. Se intentó cortar la lengua, tiró de ella con sus finos dedos y con manos temblorosas, realizó el corte. El primer y doloroso tajo no fue suficiente. Siguió cortando y, cuando por fin se la arrancó, bebió la pócima junto con su propia sangre y su lengua, todo como le había ordenado Ulrik; era lo más asqueroso que había tomado nunca: el agrio de la pócima, el metálico de su sangre y la textura jugosa de su lengua. Le dieron náuseas, sintió la bilis ascender por su garganta; pero volvió a tragar pues, si vomitaba, no serviría de nada.

Entonces, sintió como si le atravesasen con una espada al dividirse su cola en dos. Pero nada de eso importaba, porque, por fin, podría estar con su bella Mettalise. Dio la casualidad que las tropas del rey pasaban por allí y viendo que estaba herido le recogieron y le llevaron a palacio donde se encontró con la princesa, quien, al no poder escuchar su hermosa voz, pensó que el parecido que tenía con su amado era solo una ilusión.

Pasaron juntos un par de meses, ella amaba verlo bailar y él soportaba el terrible dolor danzando todos los días para poder verla feliz. Pasaban horas y horas juntos, incluso Fritz empezó a pensar que no iba a importar que no tuviera su voz, pues ella se iba a enamorar de él y, tras casarse, pasarían toda su vida juntos. Pero un día el rey anunció que se debía casar con el príncipe de un reino lejano. Ella no le amaba pero no le debía llevar la contraria a su padre, aunque su voz le recordaba a la del sireno de aquel día que ya parecía tan lejano. En cambio, Fritz se dio cuenta de que realmente era Ulrik, con su cabello y ojos

negros, quien se iba a salir con la suya y, al no tener voz, no podía alertar a Mettalise.

Unas semanas después, tras fracasar todos los intentos de arruinar la boda, Mettalise y Ulrik se casaron. Fritz no quería morir pero sabía que matar a la princesa era su única salvación, y todavía la amaba.

Como última opción, la noche de bodas se fue al mar con aguja e hilo, se sentó entre unas rocas, a la orilla de la que siempre había sido su casa y, poco a poco, se fue cosiendo las piernas. Clavaba la aguja en su suave piel y tiraba del hilo, clavaba y tiraba. El dolor era insoportable pero lo único que le quedaba era su familia y la pureza del vasto océano. Se miró sus piernas, estaban ensangrentadas, era un monstruo.

Cuando acabó, rezó porque funcionase. Unas horas después, poco antes del amanecer, llegaron sus hermanos, que se las habían arreglado para encontrar un mercenario. Mettalise había muerto antes de consumir el matrimonio y se había desangrado poco a poco mientras su marido yacía a su lado drogado y todo se había montado para que fuera él el inculpaado. Con la sangre de la princesa hicieron las nuevas escamas de Fritz, el problema era ponerselas. Hacían un corte en las piernas con el mismo cuchillo con el que habían matado a su amada, en él insertaban la escama y la sellaban con las lágrimas amargas del sirenito. Iban contrarreloj, pues, si al amanecer no habían terminado, sería un energúmeno para siempre, sin remedio.

Justo cuando se empezaban a divisar los primeros rayos solares, acabaron el trabajo y todos esperaban impacientes. El astro salía por el horizonte y se reflejaba en el hermoso mar tiñéndolo todo de naranja. La luz bañó la nueva cola de Fritz que terminó su transformación. Volvía a ser una sirena. Volvía a casa.

El antiguo príncipe del océano, por suerte o por desgracia, además de su cola recuperó sus 300 años de vida, pero el precio a pagar fue demasiado alto. Su madre, guiada por su terrible odio hacia los humanos y la traición de su hijo favorito para marcharse con uno de ellos, le desterró y prohibió a sus hermanos visitarlo. Así, se fue a la antigua casa de su tío, al que habían encarcelado en el reino de los humanos por matar a Mettalise, y ahora estaba vacía. Con los documentos y los ingredientes que había allí aprendió hechicería. De vez en cuando recibía a alguna sirena en busca de un mejunje o pócima. Pero pasó los 284 años que le quedaban, sólo, a la deriva, pero sin recuperar su voz y sin volver a confiar en los humanos. Su madre tenía razón, eran crueles y no merecían la pena.